

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL Y LA UNIVERSIDAD

Dr. JUAN NASIO

(Rosario. República Argentina)

Miembro Corresponsal de la Real Academia de Medicina de Barcelona

LA vida de CAJAL consubstanciándose con lo más prístino de la Universidad. Su vida universitaria desarrollóse en los mejores períodos de su formación moral e intelectual, en la Facultad de Medicina de Zaragoza. Allí se originaron sus primeras inspiraciones científicas y, aprendiendo y enseñando, llegó a asimilar el verdadero concepto de Universidad. Su preparación médica la realizó en Zaragoza, bajo la dirección de su padre don JUSTO RAMÓN y CASASÚS, que era profesor interino de disección. Sus estudios médicos no se circunscribieron únicamente a las materias obligatorias del curso, sino que profundizaba extraordinariamente con el peculiar tesón aragonés, de que nos habla RUIZ DE ALARCÓN, en anatomía, embriología e historiología: pero no era un teórico o un memorista como tantos, de ninguna manera. Desde su época de estudiante se entregó de lleno a cristalizar, a través de su propia experiencia, uno de los mayores desiderátum de la Universidad, que desgraciadamente hasta ahora no se ha podido lograr en forma definitiva; nos referimos a la simbiosis funcional de lo práctico con lo teórico. CAJAL estudiaba intensamente, pero practicaba con igual fervor. Destacóse como disector primero y luego como ayudante de su padre, en las operaciones quirúrgicas que éste realizaba en el Hospital de la Beneficencia Provincial de Zaragoza.

Repuesto de la enfermedad que contrajera en las maniguas cubanas, regresa y continúa sus estudios de anatomía y embriología en la ciudad que una vez el Cid Campeador llamara Ciudad Blanca. En 1877, contando 25 años de edad, obtiene en Madrid el doctorado —la licenciatura la había obtenido en 1873— y se instala nuevamente en Zaragoza, trabajando con el Dr. BARAO en un modesto laboratorio de la Universidad, provisto de un precario microscopio. Su deseo incansable de investigar a toda hora, más que la falta de comodidad con que contaba, lo impulsa a establecer un laboratorio en su casa. Adquiere a crédito un microscopio Verick, un micrótopo Ranvier y otros instrumentos imprescindibles. Demostró con esta actitud, que la Universidad no se halla encerrada entre las paredes

de un edificio, sino que se halla donde se trabaja con espíritu universitario. Ofreció entonces un segundo postulado universitario de indudable trascendencia para nuestros días, en especial para los pseudouniversitarios que afirman que no hay sabios porque hay pobreza en las universidades.

RAMÓN Y CAJAL instaló su laboratorio en su casa, como lo había hecho por primera vez en Europa el sabio PURKINJE. Pero los motivos eran muy distintos, ya que el sabio de Bohemia tuvo que trabajar en su casa porque la Universidad de Breslau, y en particular el anatomista OTTO, consideraban innecesario un laboratorio de esa naturaleza, y por otra parte, no era posible entretener a los estudiantes con microscopios y experimentos en lugar de leer a VAN HELMONT y BARTEL. Cincuenta años más tarde, en Zaragoza, la Facultad de Medicina, aunque pobre, le facilitó un microscopio y un laboratorio y luego de unos años, allí mismo, el pueblo de la ciudad del Ebro, a través de la Diputación de Zaragoza, le entregó, por sus sacrificios y sus esfuerzos en la lucha contra la epidemia del cólera, el más moderno microscopio de esa época. Este hecho significativo demostró un tercer postulado esencial para la Universidad: la Universidad y el pueblo deben propender, en todas las formas, al progreso científico. Vemos aquí que en España, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando algunos españoles ciegos y extranjeros hábiles difundían el mito del atraso científico, por obra y gracia de un "oscurantismo escolástico", se preocupaban, Universidad y pueblo, en buscar un instrumento que era perseguido en la mayoría de los países no mucho tiempo antes que España lo considerara como una necesidad.

Inmediatamente después de doctorarse, se prepara para las oposiciones a las cátedras de Anatomía descriptiva y general de Zaragoza y Granada. Dos veces fué excluído por los tribunales de oposición. Es así como, en 1915, reconocía los males de las oposiciones a las cátedras, en donde se exigían cualidades al margen de la docencia o del espíritu de investigación.

La vida de RAMÓN Y CAJAL, ya lo hemos dicho, se entronca con la intimidad de los estudios universitarios; de ahí que estudiar al sabio en relación con su Universidad, nos obliga a referirnos a las cuestiones universitarias, a las que dedicara CAJAL fervor, idoneidad y responsabilidad suficientes como para que hoy analicemos, discutamos y comentemos sus ideas, como homenaje constructivo a su memoria.

Cajal y la vocación científica

Desde el primer momento, CAJAL imprimió, como español y como sabio, universalidad a su obra. En este sentido, comprendió que la ciencia

médica, que se tecnifica cada vez más, debería formar equipos científicos y que estos cuadros de los bregadores en favor del conocimiento médico deberían estar inspirados o auspiciados por un objetivo con la suficiente nobleza y amplitud que contrarrestara, dando calor, a la frialdad tecnicista avasalladora de ese siglo.

Antes que comprender el conocimiento, CAJAL exigía sentirlo, y a esto le otorgaba la definición de verdadera vocación científica. Exigía vocación a los de arriba y a los de abajo, a los maestros y a los alumnos; una ética viviente, más de fondo que de forma. Una moral de corazón con bondad y energía y no una moral retórica, débil y no ejemplar. RAMÓN Y CAJAL, que comprendió en sí mismo en forma de experiencia viva, el valor del esfuerzo y de la voluntad, nos legó una verdadera enseñanza sobre lo que es y debe ser la vocación científica. Los únicos factores que pueden ser innatos, así como adquirirse a través de la vida, son la voluntad y el amor a la ciencia. Todo lo demás viene con el trabajo y el esfuerzo. En 1897, en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, afirmaba: "Como todo hombre puede ser, si se lo propone, escultor de su propio cerebro y que aún el peor dotado es susceptible, al modo de las tierras pobres pero bien cultivadas y abonadas, de rendir copiosa mies" (1).

El gran histólogo, que había recibido honores universales y que tenía derecho a sentirse hombre singular, vivió toda su vida insistiendo, para bien de la patria, sobre la importancia de formar autodidactas. La vocación es entonces el conjunto de cualidades psíquicas y morales que impulsan una voluntad imbatible y un noble amor por el quehacer espiritual o material. Esto es lo que entendemos por vocación. Solamente por el autodidactismo se pueden formar las nuevas generaciones de estudiosos y de artistas forjadores de la cultura universal. En su obra *Los Tónicos de la Voluntad*, CAJAL se dedica a ofrecer, con todo desprendimiento, su experiencia para la formación del investigador y del hombre de ciencia. Dedicó todo el libro a enseñar cuales son las cualidades morales y las aptitudes físicas que se deben tener para realizar con éxito obra científica. En *Charlas de café* y en *Recuerdos*, insiste en estos aspectos fundamentales sobre la vocación científica, la ética, las condiciones sociales de que necesita rodearse dicha labor, la metodología y la presentación de un trabajo científico, el maestro y la investigación, la obligación del Estado y las soluciones destinadas a un mayor acervo científico cultural de su patria. Ha sido tan la fecundidad de CAJAL en este sentido, que el examen de estas obras nos obliga a extendernos en algunos factores en forma particular, máxime tratándose de problemas permanentes y atingentes más

a la esencia que a la existencia del progreso médico científico. Su cultura exquisita, su vuelo literario subyugante, descriptivo y bien terminado, nos ha brindado opiniones, comentarios y consejos de valor inapreciable y que adquieren actualidad porque hoy, más que nunca, una comunicación con CAJAL es realmente alentadora y ejemplar.

La vocación científica para la ciencia española, eminentemente humanista, no es la misma que la de otras naciones en donde, hasta en la actualidad, se exigen dotes hereditarias para el ingreso en las universidades (2). La vocación científica es lo más excelso de la personalidad humana y en ella está cifrada la cultura de los pueblos. A pesar de los esfuerzos de los pedagogos, factores políticos y económicos han estafado el concepto de la vocación y deformado su sentido, como si las aptitudes y los sentimientos pudieran ser objeto de un *test* psicológico. En España, orientada la enseñanza en los más prístinos fundamentos del cristianismo, siempre se abrieron las puertas a la sana vocación. Sin embargo, factores también políticos desnaturalizaron estos postulados, que encontraron en RAMÓN Y CAJAL uno de sus más recios defensores. Nadie mejor que el sabio aragonés sabía que la vocación se hallaba en función del sentimiento. Desde joven había modelado su talento con amor y voluntad. CAJAL fué la prueba magnífica del sueño que ambicionaba Juan de Dios HUARTE en los tiempos de Felipe II, cuando en su única obra —*Examen de ingenios*— expuso magistralmente cuál debe ser el espíritu del que enseña y del que aprende. MARAÑÓN, que nos hizo conocer esta genial obra del médico navarro, establece claramente que más importante que la aptitud es la ficción “amor a la cosa elegida” a tal punto que “la vocación vence con toda certeza a la falta de aptitud” (3). Este sentimiento es el que dominaba CAJAL. Hemos reiterado, con cierta insistencia, la necesidad de fomentar y desarrollar todos aquellos factores ambientales e instituciones para una auténtica plasmación de la vocación científica. Ello no será posible sin la armonía entre la sociedad y la universidad, entre el profesor y el alumno.

Pueden todos los pedagogos y psicólogos del mundo realizar toda clase de estudios especiales y hacer ejecutar los cientos de *tests* de inteligencia y de aptitudes que deseen y, sin embargo, nunca podrán determinar cuáles serán los hombres que en el futuro dignificarán su país. Si es arbitrario limitar el número de los que ingresan en las universidades, y si es monstruoso exigir una selección económica o social, más injusto resulta implantar una selección científica en nuestra sana juventud, que no va a las universidades a comprar un conocimiento o a aprender una técnica determinada, sino a desarrollar su personalidad. De

acuerdo con este acervo, más espiritual que técnico, dirigirá sus aptitudes hacia la profesión que más amplíe y perfeccione esas inclinaciones.

Hace más de cincuenta años RAMÓN Y CAJAL reclamaba respeto y apoyo para la vocación científica. Para ello exigía tolerancia y experiencia y prevenía contra los alumnos aparentemente malos e indisciplinados que podían reservar glorias a su patria. Estas son sus palabras: "Harto más merecedores de predilección para el maestro avisado, serán aquellos discípulos un tanto indómitos, desdeñosos de los primeros lugares, insensibles al estímulo de la vanidad, que, dotados de rica e inquieta fantasía, gastan el sobrante de su actividad en la literatura, el dibujo, la filosofía y todos los deportes del espíritu y del cuerpo. Para quien los sigue de lejos, parece como que se dispersan y se disipan, cuando, en realidad, se encauzan y fortalecen. Corazones generosos, poetas a ratos, románticos siempre, estos jóvenes distraídos poseen dos cualidades esenciales de que el maestro puede sacar gran partido: desdén por el lucro y las altas posiciones académicas, y espíritu caballeresco enamorado de altos ideales. Resulta, pues, difícil el diagnóstico de la vocación científica. Preciso es apelar a signos más exactamente diferenciadores para discernir la moneda falsa del oro de ley" (4).

Al contrario de algunos profesores universitarios, CAJAL pedía comprensión para los estudiantes: "Los que profesamos el oficio del magisterio tenemos la obligación inexcusable de oír a los jóvenes, a fin de discernir el talento positivo de la hueca palabrería y de trabajar para crear al mérito naciente el ambiente de comprensión y respeto a que tiene derecho" (5).

MARAÑÓN, en su obra *Vocación y ética*, diseña, manejando con arte su suave pero afilado bisturí, ambos problemas y destaca la importancia que tiene en la vocación, el entusiasmo, el fervor por la ciencia. Analiza también los engendros de la falta de ética y de la ausencia de vocación. El histólogo español conocía perfectamente que los artífices no se forman sin el arte y que el entusiasmo no existe o se debilita ante la frialdad del ambiente. La vocación, para el maestro, era un estado del alma sirviendo una actitud y persiguiendo un ideal. Sostenemos que son necesarios maestros como CAJAL y todos aquellos que con su actuación han convertido a España en un centro universal de cultura y de ciencia, y como GÜEMES, AYERZA, CHUTRO, FINOCCHIETO, BELOU, GUILLERMO BOSCH ARANA, AVELINO GUTIÉRREZ, BERNARDO DELL'ORO, CLEMENTE ÁLVAREZ, BONORINO UDAONDO y JOSÉ W. TOBÍAS, entre los desaparecidos, que en nuestro país han dejado lecciones magistrales de cuál debe ser la responsabilidad de un maestro universitario.

La universidad española, formadora de hombres como UNAMUNO, ORTEGA Y GASSET y EUGENIO D'ORS, ha demostrado, a lo largo de su gloriosa trayectoria, un constante deseo de superación; CAJAL resumió esa herencia y, en lugar de gozar de sus glorias científicas y sus premios internacionales, se lanza por las tribunas, periódicos, libros y reuniones académicas, reclamando un amparo a las vocaciones científicas. Si en estos momentos leemos un pequeño folleto, publicado hace solamente tres años, en donde aparece un discurso del eximio profesor catalán FRANCISCO GALLART MONÉS, nos encontramos con conceptos de como debe formarse el médico, dichos con tanta emoción y valentía, que nos evoca a CAJAL: "Vemos alumnos que durante la carrera han sido los más aprovechados, los que han obtenido mejores calificaciones, y al ejercer la profesión, parece como si hubieran perdido completamente el beneficio de las enseñanzas que recibieron. Hay un sinnúmero de médicos prestigiosos que durante su carrera fueron alumnos mediocres, y muchos prodigios estudiantiles que se derrumbaron al ponerse en contacto con una clientela. Debe educarse a los alumnos a base de que ellos mismos tengan la iniciativa de su instrucción, desarrollándoles el espíritu de observación y su sentido crítico. Hay que acostumbrarles lentamente a sustituir las bibliotecas y enfermerías del Hospital, por las que en el día de mañana serán suyas propias, las cuales se formarán y funcionarán solamente bajo su responsabilidad... A este fin es preciso que el estudiante tenga horas libres suficientes para consagrarlas a estudios de su predilección, formando de esta manera su educación, en la cual debe intervenir únicamente su propio impulso. Y este estudio educativo de sí mismo, del que parten las iniciativas propias, durante el cual el joven se hace hombre, debe hacerse cada día, todo el año, toda la vida" (6).

La afición de que nos habla MARAÑÓN y el impulso, de que nos habla GALLART MONÉS, vienen a constituir el amor a la ciencia que exigía CAJAL en toda vocación científica. Esta es la responsabilidad de los profesores universitarios; de ellos depende entonces que muchas vocaciones no se desnaturalicen o se frustren. Tengamos vocación para comprender a los que entran con ella a la universidad. Sin vocación no hay cultura y sin cultura la ciencia no tiene moral.

Bibliografía

- (1) RAMÓN Y CAJAL, S.: *Los tónicos de la voluntad* (Buenos Aires, 1946). Espasa-Calpe, p. 15.
- (2) HIMSORTH, H. P.: *The Lancet*, 1951; t. 6687, pág. 743.
- (3) MARAÑÓN, G.: *Tiempo viejo y tiempo nuevo* (Buenos Aires, 1947). Espasa-Calpe, pág. 122.
- (4) RAMÓN Y CAJAL, S.: *Los tónicos de la voluntad*; Op. Cit., pág. 171.
- (5) RAMÓN Y CAJAL, S.: *Charlas de Café* (Madrid, 1921). Espasa-Calpe, pág. 90.
- (6) GALLART MONÉS, F.: *Cómo debe formarse el médico* (Discurso). Valencia, 1949, pág. 7.